

te la travesía alentó á los decaídos, aconsejó á los experimentados, y conservó valor y serenidad cuando todos uno y otra perdían? Muertos los Moncadas, sus mejores servidores y maestros, sobre él recayó todo el peso de la dirección, y sus avisos y consejos se siguieron en todas las operaciones, en un sitio largo, contra una plaza de las más fortalecidas del mundo, con tantos enemigos y tan desesperados en su defensa, y en medio de los rigores de la estación, de la escasez y de las armas.

Pues cuanto á la importancia y á la trascendencia de la jornada, con no menos razón debían alegrarse los de Cataluña, aunque, experimentándolas en parte, sólo podían presentirlas. Si los armamentos de las cruzadas acumularon en las ciudades marítimas de Italia el oro de la Europa y acarrearón el aumento de su marina, la expedición de D. Jaime fué el principio del esplendor y poderío de Barcelona, de aquella marina que más tarde y muy pronto rivalizó con las de Italia. Cuanto con ella ganase la construcción naval, cuanto debiese de invertirse en la fabricación de armas, en vestidos y provisiones, cuanto movimiento se diese al comercio, verálo quien tenga en cuenta el modo de guerrear de aquellos tiempos, que Barcelona era casi la única plaza capaz de subvenir á los abastos y aprestos, y que con llevar la guerra fuera de su territorio afianzaban los catalanes en él la paz y la seguridad de sus relaciones comerciales. Por esto, dado el impulso, fué creciendo de manera el poder marítimo de Cataluña, que los mismos señores de Marruecos buscaron después la amistad de D. Jaime y de los sucesores suyos, y en vida del rey se plantearon casi todas las instituciones y establecimientos, que dieron estabilidad, regularidad y aseguración al comercio. En resolución, con esa empresa cobraron aliento todos los súbditos de la corona aragonesa; y reencendido el fuego guerrero, se preparó aquella serie de triunfos, que comenzó con la toma de Valencia y Murcia y siguió luego con las idas al África y con las campañas de Italia, en donde las espadas catalanas y aragonesas abrieron ancho campo á las glorias españolas.

Y ya que con estas leves consideraciones finalizamos la relación de la toma de Palma (a), désenos que las presentemos aún más breves sobre la desventurada gente que la perdía, ó mejor, sobre su dominación en la isla.

Aunque animados por aquel celo religioso, que siempre fué el móvil de las grandes empresas, los primeros muzlimes que á España pasaron en no pocas partes admitieron á los cristianos á capitulación, y les garantieron el libre ejercicio de su culto; y los que en Mallorca desembarcaron tan benignamente debieron de haberse con sus habitantes, que aun muchos años después quedaba en la isla población cristiana. El intrépido y sagaz Mudjehid concedió al obispo barcelonés Gislaberto que fuesen de su diócesis todas las iglesias de las Baleares y de Denia; que ninguno de sus vasallos cristianos recibiese las sagradas órdenes sino del obispo de Barcelona; que sólo éste pudiese consagrar el crisma, y dedicar los templos; y en 1058 su hijo y sucesor Alí confirmó aquel extraordinario privilegio, ilustre prueba de la humanidad de aquellos primitivos conquistadores (1). Cuanta fuese ésta, claro lo dice la permanencia de cristianos en la isla, aun cuando las hostilidades que entre los moros baleares y los españoles reinaban habían de ensañar á los dueños de las islas contra los correligionarios de los que tan fieramente les hacían sentir el rigor de sus espadas. Pero, sea dicho en honor

(a) Respetando el constante uso que hace en su relato Piferrer del moderno nombre de la capital de Mallorca, no puedo menos de consignar una vez por todas mi disentiimiento en emplearlo, por lo que suena á anacronismo, siempre que se trata de tiempos anteriores á la época, no más allá del siglo pasado ó del xvii, en que la voz de *Palma*, exhumada por los eruditos, comenzó á aplicarse, con fortuna rara vez obtenida en semejantes casos, á la ciudad que desde los siglos más remotos nunca había llevado otro nombre que el de la isla. Sé que produce dificultades esta regla así en trabajos históricos como en obras de imaginación, pero la conceptúo indispensable para conservar la propiedad y el colorido.

(1) Este documento existe, junto con el acta de la consagración de la catedral, en el archivo de la Santa Iglesia de Barcelona, libro 1.º de sus antigüedades; y como el Sr. D. Próspero de Bofarull ya lo insertó en la página 81, tomo 2.º de sus *Condes Vindicados*, continuamos aquella esmerada copia en el núm. 31 del *Apéndice*.

de la verdad, los cristianos, realizada la grande expedición de los pisanos y catalanes, sin duda no se atrevieron á probar hasta dónde llegaría la tolerancia de los moros, sino que desampararían la isla cuando se reembarcaron las tropas; y aunque el papa Alejandro III, en bula de 27 de Mayo de 1169, confirmó al obispo de Barcelona D. Guillén de Torroja entre otras cosas la jurisdicción en las dos islas de Mallorca y Menorca, más que á la posesión real referíase quizás al derecho adquirido por la Iglesia barcelonesa, para que lo hiciese valer cuando la total expulsión de los sarracenos de las Baleares: empresa á que jamás renunciaron los sucesores de D. Ramón Berenguer *el Grande*, y que en vida de D. Guillén de Torroja estuvo á punto de llevar á cabo el rey D. Alfonso *el Casto*.

Depuesta la fiereza de conquistadores, y aficionados á su patria adoptiva, diéronse los moros al cultivo de las tierras, y tal vez en sus manos cobraron las de Mallorca un valor que nunca tuvieron con las pasadas dominaciones. Sólo un documento queda que pueda arrojar alguna luz sobre este punto,— el libro del Repartimiento; y pues con tanto afán los vencedores cuidaron de hacerse con porciones de terreno, mucho debía este de valer, y ricamente fecundado se presentaría á sus ojos. Las alquerías y rahales (1) salpicaban aquellas feraces campiñas: en el reparto de cada término no hay demarcación que no miente muchísimas de esas casas y cortijos desparramados por las tierras; y si aquellas haciendas son mejor cultivadas en medio de

(1) «..... de los cuales queda muy en uso entre nosotros el de Rahal ó Raphal, que según la propiedad de la lengua arábica es decir una casa ó heredad junto á la Ciudad ó Villa, como también Alquería, ó Caria, ó Cayria, del vocablo Alquehir, que es lo mesmo que casa de fuera, al lugar de pocas casas, como al de muchas Beled. De aquí es que muchas poblaciones, en que antes no había más de unas caserías ó majadas, retienen el nombre de Rahal, Rafal, ó Rafalet, de los cuales también quedan muchos en el Reyno de Valencia. Hase conservado entre nosotros otra dición arábica *Beni*, la cual se junta con los vocablos particulares de las Alquerías, como Beniatar, Benicalvel, Beniforani, etc., que es decir Casa de Atzar, Calvel, etc.» DAMETO, *Historia general del reyno baleárico*, libro 2, página 272 de la edición antigua.

las cuales moran sus mismos dueños, bien de tan claro indicio puede colegirse cómo estarían las de Mallorca. Con gran diligencia aprovecharon los manantiales: en las cercanías de la ciudad, las humildes corrientes de Canet, de Xibar (ahora de *mestre Pere*) y de Alemir (hoy de la Villa) hacían andar más de sesenta molinos, y en varias partes de la isla aun los labradores se aprovechan de los aljibes que cavó la industria de los sarracenos. Marsilio pondera cuánto se maravillaron los del ejército de D. Jaime al ver metidas en sacos las uvas, enteras y frescas; Desclot refiere cómo al aposentarse delante de la ciudad descansó la hueste en una grande huerta del walí, refrescándose y rehaciéndose con la fruta que de los numerosos árboles les brindaba; en la segunda salida al interior, D. Jaime tomó á los moros de las montañas de Artá gran cantidad de trigo, diez mil cabezas de ganado mayor y como treinta mil de menor; y cuando sus embajadores pasaron á Menorca, como veremos, á tratar de la rendición de aquella isla, los sarracenos menorquines les regalaron con diez bueyes, cien carneros y doscientas gallinas, y al cerrar el tratado prometieron dar al rey anualmente tres mil hanegas de trigo, cien cabezas de ganado mayor y quinientas de menor, dos quintales de manteca y doscientos besantes para los gastos del transporte de todo esto: tributo crecidísimo para la pobreza y esterilidad de aquella isla, el cual supone en ella esmerado cultivo, mayormente si se atiende á que los menorquines ya lo consideraron arreglado á lo que daban de sí sus posesiones.

De esta fertilidad naturalmente debía nacer el comercio: y se entenderá cuánto fuese si consideramos que era Mallorca escala de las embarcaciones que de Levante pasaban al África; que la codiciosa Génova procuró con todas veras ajustar con sus jeques tratados de alianza; que ella, los pisanos y los provenzales tenían sus barrios y sus lonjas en la capital; y que los mismos sucesores de D. Ramón Berenguer III cuidaron de renovar continuamente las treguas con aquellos walíes para que las

naves catalanas no estuviesen privadas de esa concurrencia. Ningún hecho marca tan explícitamente en la historia el estado que allí tuviesen las artes: pero en las calles de la ciudad abríanse numerosísimas tiendas y obradores, de los cuales el rey llevó trescientos veinte; y bien que muchas de aquellas sirviesen para el despacho de productos agrícolas, en no pocos de estos se labraba la plata y se perfeccionaba la joyería, ejercicio en que sobresalieron los sarracenos, se batía el hierro, y ha lugar á suponer que los telares del tejedor ocupaban los restantes (1).

Si su posición hacía á propósito la isla para las relaciones comerciales y temible á los estados que en estas mayormente entendían, su poderío le valió gran papel é intervención en los acaecimientos y navegación de aquellos mares. Á poco de invadidas las Baleares por los sarracenos, Barcelona y las costas catalanas tuvieron que llorar su mansión en ellas; y el valiente Mudjehid de Mallorca partió á llevar á Italia la guerra y la desolación. Los almoravides tanto acrecentaron la pujanza mallorquina, que la misma altiva y fuerte república de Génova no se desdeñó de cerrar con los régulos insulares tratados de alianza: y ¿qué era en fin aquel reino, que cuando los postreros Beni Ganyas enviaba al África una escuadra, con sus refuerzos man-

(1) Véase el núm. 27 del *Apéndice*.

El Sr. D. Joaquín María Bover de Rosselló, que con grande asiduidad investiga las noticias y antigüedades más curiosas de la isla, en una breve memoria titulada *Del origen, progreso y estado actual de la agricultura, artes y comercio de la isla de Mallorca*, dice: «Sabemos también que tuvieron (los árabes) fábricas y manufacturas, particularmente de jabón, y que entonces se tejía el *sendal*, el *vorí*, el *peluxell*, el *robió* y el *savastre*, telas que usaron después los cristianos para sus vestidos y para el ornato de sus casas.» Nosotros, al paso que le agradecemos la noticia y como buena la copiamos aquí, hemos con todo de indicar que es bien sensible se olvidase el estimable anticuario de apuntar los autores de donde la tomó. El Sr. Bover y el Sr. D. Antonio Furio, que con no menos constancia é infatigabilidad también procura ilustrar todos los puntos histórico-locales de Mallorca, son autores de un gran número de hojas sueltas, disertaciones y memorias muy curiosas é interesantes para el buen conocimiento de algunas antigüedades de la isla; y el segundo está dando á luz el *Panorama Balear*, en que se nota abundancia de noticias y gran minuciosidad en la relación de Palma.

tenía la guerra que Aly ó Yahya ben Yshak, denominado el Mayorki, hacía en los estados ahora berberiscos, y motivaba la venida del emir de los Almohades con grande ejército á tomar aquel último asilo de la proscrita dinastía almoravide? Pero la tentativa de Yahya fué el postrer alarde que de sus fuerzas hizo Mallorca: los almohades ni tuvieron espacio para robustecerla, ni se lo permitieron las sublevaciones que por todas partes socavaron su imperio.